

LA PALABRA QUE VA DE VUELO



ESCRIBIR es, dice María Zambrano, la victoria de un poder de comunicar. Frente a hablar, desahogarse, escribir es retener palabras, seleccionirlas, reconciliarse con ellas. Y esa reconciliación con la palabra sumerge en el mundo al escritor, lo sitúa en el centro del desmenuzamiento de la vida para ofrecer y proponer *nombres* al destino humano; lo convierte en actuante, en historia, en vehículo del conocimiento, hasta suspender su existencia hacia el sueño, la nada y el vacío, trascendiéndolos.

Por ello la palabra creadora es para María Zambrano, como lo fue también para Paul Valery, *problemática*. En primer lugar porque la palabra creadora es el pecado de la carne eternizado y objetivado en la expresión (“la poesía es una herejía”), es lucha con la carne (“que desde el pecado —la locura del cuerpo— lleva a la caridad”). En segundo lugar porque es búsqueda e historia; en tercer lugar porque quiere reconquistar el sueño originario; en cuarto lugar porque pretende realizar este sueño: “La tragedia única es haber nacido/pues nacer es pretender hacer real el sueño”, escribe citando a Calderón.

Y no me refiero a su teoría poética tan magistralmente desarrollada en *Claros del Bosque* sino exclusivamente a la plasmación de esa teórica en los artículos sobre literatura española que, en su cultura y en su lengua, recorrieron luminosa y pacíficamente nuestros pasados y presente creadores. En sus manos, autores, obras, personajes y público, pasan por una reescritura, por una revivencia, que los saca del tiempo y que los reconstruye: *La Celestina*, *Don Quijote*, Juan de la Cruz, Galdós, Prados, Valente... Manos y materiales literarios se aúnan en esta visión impresionista y regeneradora: “El problema

fundamental de España, era, desde Larra, el buscar a España, que aparecía ausente de sí, escondida y aún haciéndose traición”, escribe en esa exploración denotadora. En las novelas de Galdós está la historia, “la huella de nuestro multiforme pasado” y en la poesía, desde Juan Ramón, (asegura en uno de sus artículos de *Hora de España*) “el índice o documento mejor de nuestros verdaderos acontecimientos”. El poeta y el pueblo colaboran, expresa a propósito de Antonio Machado: El primero dando nombre al destino del pueblo. El pueblo aceptando la transformación de la “fatalidad ciega en expresión liberadora”.

Pero, también es verdad que, para María Zambrano toda *historia* es, en último término, poesía: Pablo Neruda, el siempre verídico, es fiel a su angustia de poeta, a su ligadura de amor-muerte y a su manera de sentirlos en reciprocidad. Serrano Plaja es la poesía vital que ha vencido al hermético aislamiento. Prados “el péndulo poetizante que transforma el desfallecimiento en pausa... y la oscilación de su péndulo es tan amplia que va de confín a confín; de sueño inicial a sueño temporal, hasta allá donde aletea y se abre la consumada vigilia”. Y la poesía “la crisálida que deshace el capullo donde yace amortajada para salir volando y que devoró su propio cuerpo para transformarlo en alas, que cambió lo que pesa por algo que funciona para librarnos de esa misma gravedad esclavizante”.

Estamos, pues, ante un proceso místico. No en vano ocurre a propósito de la poesía de San Juan de la Cruz. El místico que ve María Zambrano atraviesa los umbrales de la vida: “Lo que sucede en el alma del místico es sencillamente el abandono de la vida; el místico no puede seguir viviendo”...

Lo que ocurre es que la experiencia místico-poética de San Juan de la Cruz es interpretada por María Zambrano no como un abandono de la realidad sino como un internamiento (“entremos más dentro en la espesura”, le confirman los versos del poeta) en la poesía, “en donde se encuentran en entera presencia todas las cosas”. El esfuerzo de María Zambrano por demostrar, en 1938, desde las páginas de la revista *Hora de España* (a donde en principio iba destinado alguno de estos trabajos), que el místico realizaba una revolución respondía a una circunstancia pedagógica, pero también a un gesto de valor y re-

conocimiento : "...ha realizado la más fecunda destrucción, que es la destrucción de sí mismo, para que en este desierto, en este vacío, venga a habitar por entero otro; ha puesto en suspenso su propia existencia para que este otro se resuelva a existir en él. Y hay por fuerza un espacio en esta transmutación en que nada hay, que es la nada absoluta".

La palabra poética es también, para María Zambrano, creadora de tragedia y novela. Y así dedica una de sus más bellas páginas al personaje Don Quijote que sale al camino. Don Quijote se ha puesto en marcha y ha puesto en marcha su sueño de amor. Como ocurre con Don Quijote mito del 98, el personaje cervantino sale por tercera vez replanteando a través de la pluma de María Zambrano su papel en el mundo, recuperando también el sueño del autor, que es, ni más ni menos, que el sueño de la libertad. Pero no es el Don Quijote idealizado del 98 que nos lleve al triunfo, no es el caballero de la hispanidad, no es el tipo que exprese el idealismo de la raza, sino que se trata de la libertad antes que del ser: "los personajes de novela padecen y actualizan el sueño de la libertad".

El sueño conduce a los personajes de la literatura española y sobre todo a Don Quijote, a un viaje, que es la devoración del sueño mismo. La falta de sueño obliga a Celestina a ir en busca del sueño de los demás personajes de la tragicomedia... "entrometiéndose en sus sueños, bajo pretexto de ayudarles a su realización. Mas en realidad para nutrirse de ellos y destruirlos en un mismo tiempo". El sueño que visita a Don Quijote había sido soñado largamente; el sueño ausente de Celestina es "el ansia de ser personaje en el vacío".

La palabra poética ha creado el sueño. Sin embargo, la palabra poética, tal y como aparece perfilada por la obra de crítica literaria de María Zambrano va mucho más allá. "Se escapa a solas en un respiro; respirar del ser en el puro aliento de la poesía lírica. La palabra va de vuelo, trascendiendo todo sueño y también toda vigilia." "Mi amado, las montañas".

